

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

LA DESCOLONIZACIÓN HOLANDESA, INDONESIA Y MOLUCAS DEL SUR

El 4 de diciembre, los medios informativos dieron la noticia del secuestro de un tren de viajeros en Beilén, Holanda, y de la ocupación por comandos del Movimiento de la Juventud sur-moluqueña libre del Consulado de Indonesia en Amsterdam. Entonces se situó en primer plano de la actualidad política internacional el archipiélago de las Molucas, que apenas si pasaba de ser una noción geográfica y el recuerdo de haber formado parte del imperio colonial que Holanda había empezado a crear a finales del siglo xvi en las Indias Orientales en detrimento de Portugal. El imperio se mantuvo sin grandes dificultades hasta que, en 1942, lo ocupó Japón, que, acto seguido, proclamó una República independiente, acogida sin reservas por parte de la población nativa. Finalizada la II Guerra Mundial, Sukarno proclamó a su vez la independencia de la República de Indonesia, mientras que Holanda intentaba mantener en alguna forma su presencia en las Indias Orientales. Persiguió tal objetivo negociando a un tiempo con los republicanos independentistas y con sus oponentes los federalistas y proponiendo en la Conferencia de Maleno (1946) la creación de un sistema federal libremente cooperativo con la antigua metrópoli. Aparentemente, se llegó a un acuerdo. Violado por Holanda, en opinión de los independentistas indonesios, en 1947 se inició la lucha armada. Entonces combatió junto a Holanda un mestizo moluqueño, holandés y turco, Westerling, que en su día había organizado la resistencia al Japón en la isla de Amboina, de Molucas del Sur. Los apremios descolonizadores de los Estados Unidos impusieron la intervención de la ONU, no quedando la URSS y el bloque oriental cortos a la hora de clamar por la independencia de Indonesia. Tras una serie de acuerdos y desacuerdos, durante los que se reanudaba la lucha armada y se le imponía a Holanda un boicot internacional, la cuestión desembocó en una Conferencia de la Mesa Redonda celebrada en La Haya y en la que tomaron parte

independentistas, federalistas, holandeses y miembros de la Comisión especial de la ONU, la llamada UNCI. El acuerdo, que no llegó a resolver definitivamente el problema, se firmó el 2 de noviembre de 1949. Preveía la creación de una República federal de Indonesia o Estados Unidos de Indonesia en el marco de la Unión Holandesa. De conformidad con tales acuerdos, las Molucas del Sur, que comprendían las islas de Amboina, Ceram y Buru en particular, con una superficie total de 761 kilómetros cuadrados, era un Estado autónomo y federado. En los hechos, semejante situación se convirtió rápidamente en anexión, y en 1950 Molucas del Sur pretendió proclamar su secesión de los Estados Unidos de Indonesia para ser una República independiente. Poco dura la alegría en casa del pobre. El ejército indonesio puso término a esos pinitos de independencia dando al traste definitivamente hasta con una autonomía del archipiélago, autonomía que Holanda había garantizado. Cierto es que la paulatina disolución de la Unión Holandesa, iniciada apenas suscritos los acuerdos de La Haya y culminada en 1956, no favorecía el propósito—caso de haber existido—de que el derecho prevaleciera sobre los hechos. Aplastada la resistencia moluqueña capitaneada por Westerling, sus seguidores embarcaron rumbo a Holanda donde han llevado desde entonces y en términos generales una existencia miserable. No les ha impedido sobrevivir y multiplicarse, por cuanto se estima en unos 40.000 los moluqueños y refugiados en Holanda y también en Bélgica. Es de advertir que muchos de esos moluqueños, en particular los nativos de Amboina, son cristianos. De ahí que las negociaciones con los terroristas fueran llevadas por el pastor moluqueño Meteari. De otra parte, en tiempos de la presencia holandesa en las Indias Orientales, los moluqueños fueron fieles servidores de los holandeses, constituyendo el núcleo principal de las fuerzas locales del orden y de los funcionarios subalternos de la administración, circunstancias que tal vez los lleva a estimarse singularmente desamparados por la antigua metrópoli en sus aspiraciones a la independencia. La ONU, a la que recurrieron, tampoco prestó jamás oídos a su demanda de apoyo jurídico, moral y material, como es norma en ese gran tinglado cuya inoperancia no es preciso demostrar.

Finalmente, secuestro del tren y ocupación del Consulado indonesio tuvieron un término. El único saldo fueron víctimas inocentes, inútiles angustias y vanos sufrimientos, además de la suma irritación del primer ministro holandés, señor Joop den Uyl, que se declaró «dispuesto a no claudicar en el cumplimiento de la justicia», si bien

ha demostrado no ser tan celoso defensor de la justicia que se ejerce fuera de las fronteras de su país.

En suma, nada de lo sucedido resuelve el problema político que ha incitado, y acaso vuelva a incitar, a que se cometan en este o aquel país las barbaridades de secuestros, tomas de rehenes, asaltos y otras modalidades del terrorismo. En efecto, semejantes acciones no tienen incidencia alguna en el fondo de la cuestión, que es la forma chapucera en que se han llevado a cabo la mayor parte de unas descolonizaciones que han generado nuevas colonizaciones. Es el caso evidente de Molucas del Sur anexionadas a la fuerza so pretexto de que Holanda había fomentado en las Indias Orientales la creación artificial de Estados y territorios autónomos con la aviesa intención de atentar a la unidad nacional, cual si Yakarta pudiera alegar que existe homogeneidad étnica, cultural, histórica y religiosa en las numerosas islas que comprende la República de Indonesia. Actualmente, como sucede en Timor, el argumento esgrimido de cara al mundo occidental es impedir la penetración soviética en esas áreas de vital importancia estratégica. Es argumento que aduciría, buscando el apoyo norteamericano, en la hipótesis de que la cuestión de Molucas del Sur se planteara en otros niveles que el de la crónica del terrorismo. En cuanto a la URSS, es dudoso que estimara conveniente echar su cuarto a espadas en la cuestión de Molucas del Sur.

El presidente Suharto ya no se muestra tan reacio a mantener contactos con la URSS como años atrás. Tal vez quiera quitarse de encima el sambenito de «lacayo del imperialismo» con el que lo motejó Moscú después de su toma del poder en 1965 y pavorosa represión anticomunista en las islas. Así, recientemente, reanudadas las relaciones entre Yakarta y Moscú, Indonesia ha conseguido créditos soviéticos por un importe de unos 200 millones de dólares y la promesa de construcción por la URSS de dos centrales eléctricas en la isla de Java. De otra parte, con motivo de la resolución de la ONU que asimilaba el sionismo a «una forma de racismo», resolución tan antiisraelí como antinorteamericana, Indonesia votó a favor. Quizá Indonesia, antes de la visita que el 5 de diciembre había de hacer el presidente Ford a Yakarta, considerase que cierto «desalinearse» entraña la ventaja de recibir ayudas y apoyos por partida doble, como evidencia lo conseguido por no pocos no alineados.

SESIÓN DE INVIERNO DEL CONSEJO DEL ATLÁNTICO NORTE

Año tras año, y lo mismo en la sesión de primavera que en la de invierno, el Consejo del Atlántico Norte, que comprende los Gobiernos de los quince aliados, habitualmente representados por sus ministros de Asuntos Exteriores, trata de dar al mando militar de la OTAN directrices políticas que permitan establecer los planes estratégicos. De hecho, esta misión teórica resulta notablemente recordada en la práctica por cuanto es norma que las decisiones del Consejo se adopten por unanimidad. Son muchas las gaitas que es preciso temprar, y alguna es discordante por inveterado hábito. Lo prudente, pues, es eludir en lo posible los temas conflictivos y explicarse en generalidades que facilitan soluciones de compromiso. Semejante circunstancia no tiene la lógica incidencia que debería tener en el sistema defensivo que es objeto de la Alianza atlántica. Es el Comité de Planes de Defensa, que incluye los miembros de la OTAN —luego, ni Francia ni Grecia—, el que realmente asume el peso de mantener al día el sistema defensivo. Por tanto, es el que está debidamente enterado de la situación desde el punto de vista militar, con independencia de condicionamientos políticos que gravitan sobre el Consejo del Atlántico Norte. Por ello, aunque haya tenido más resonancia la reunión de ministros de Asuntos Exteriores, celebrada en Bruselas los días 11 y 12 de diciembre, en la que se trató de la distensión, el desarme y la unificación de los armamentos de los países atlánticos, su producción y compra, la tonicidad de la situación se conoció en la reunión de los ministros de la Defensa, que terminó sus tareas el 10 de diciembre, asimismo en Bruselas. Las conclusiones a que llegaron muestran un claro desfase entre el Consejo del Atlántico Norte y el Comité de Planes de Defensa.

Los miembros del Consejo expresaron cierto optimismo respecto a la evolución de las relaciones de la Europa atlántica con el Este desde la Conferencia de Helsinki. Es decir, que no hicieron alto ante las nuevas tensiones que la cuestión de Angola origina entre los Estados Unidos y la URSS, como evidencia el aplazamiento de la visita del doctor Kissinger a Moscú a fin de sacar del punto muerto las SALT II. De otra parte, no ocultaron su satisfacción por haberse salvado el obstáculo que podía haber alzado Francia al debatirse el tema de la implantación de un tipo estándar de armamentos—que desde hace años está en vigor en los países del Pacto de Varsovia—.

Francia, que rehúye cuanto parezca una reintegración al seno de la OTAN, había aceptado el principio de una producción de armamentos exclusivamente europea, pero con libertad de opción a la hora de comprarlos. Además, en lugar de «unificación de los armamentos» impuso el concepto de «interoperatividad», modificación que no es puramente semántica. Descartado el inicial propósito de crear una secretaría para la compra de material bélico, se había logrado una solución de compromiso que dejó complacidos a los países atlánticos.

Menos halagüeñas resultan las conclusiones de los ministros de Defensa del Atlántico Norte—salvo los de Francia y Grecia que no pertenecen a la OTAN, como es bien sabido—. Tal puede afirmarse de atenernos al comunicado final. En él se menciona «su grave preocupación ante las tendencias actuales que tienen por efecto modificar las respectivas capacidades militares de la OTAN y el Pacto de Varsovia. Han tomado nota del incremento de la potencia de fuego, movilidad y medios blindados de las fuerzas del Pacto de Varsovia, así como de sus temibles posibilidades en el ámbito de la guerra química, la guerra nuclear táctica y la guerra electrónica». Después de esta escueta e inquietante exposición de la situación, casi huelgan comentarios: evidente es la superioridad militar del Este frente a la OTAN en medios convencionales, lo que no constituye una novedad. Lo mismo en la sesión de invierno que en la de primavera, desde hace años la OTAN pide machaconamente aumento de los efectivos europeos, del armamento y de los créditos para corregir el desequilibrio existente entre los dos bandos, como si la conciencia de su superioridad militar convencional fuera factor desencadenante de la arremetida del Este contra la Europa occidental.

Plantear la cuestión en estos términos, ¿no es poner en tela de juicio la seguridad y protección que dispensa a la Europa atlántica el poder nuclear de los Estados Unidos, pilar fundamental de la OTAN tal como está estructurada? El no creer en esa seguridad y protección llevó a Francia a convertirse en país atómico—decir potencia atómica le viene grande a la realidad—. De otra parte, el poder nuclear norteamericano y su correspondiente poder nuclear soviético generan una disuasión recíproca que en definitiva hace bastante hipotético que alguna de las dos superpotencias intervenga a tiro limpio en el coto europeo de la otra. En 1948, los Estados Unidos brindaron su brazo tutelar a la rebelde Yugoslavia, amenazada por la ira de Moscú, y en 1949 establecieron el puente aéreo para mantener a salvo un Berlín en peligro. Sin embargo, ni con los sucesos de

Hungría en 1956 ni con la invasión de Checoslovaquia en 1968 hubo el menor atisbo de reacción del mundo occidental capitaneado por los Estados Unidos, salvo la verbal. La potencia nuclear soviética disuadía de toda intervención armada. La URSS y sus aliados actuarían de modo similar de darse casos semejantes en la Europa occidental, cuya salvaguardia es de capital importancia para los Estados Unidos. De ahí que pueda estimarse que la *détente* se ha formalizado y hasta institucionalizado en Europa, independientemente de los acuerdos de Helsinki, que no perseguían ese objetivo ya alcanzado. Aun cuando los países del Pacto de Varsovia incrementen sin cesar su arsenal bélico en cantidad y calidad, perfeccionen sus aviones de combate y multipliquen los barcos de guerra, de dar crédito a los servicios secretos y observadores especializados, ¿es perentoria necesidad que la OTAN refuerce esa nueva modalidad de línea Maginot que ha levantado en la Europa atlántica? No parece estimarlo preciso Gran Bretaña, que en el pasado marzo redujo la cuantía de su presupuesto militar, ni Holanda, que se dispone a hacer otro tanto. Portugal, que también ha reducido su presupuesto militar en forma drástica, es caso aparte. Tales posturas han llevado al nuevo secretario norteamericano de Defensa, señor Rumsfeld, a declarar que uno de cada dos aliados europeos no cumplía sus obligaciones militares. En la última sesión del Consejo Atlántico no se han tomado decisiones políticas que tengan viso de serio propósito de enmienda, pese a los informes facilitados por el Comité de Planes de Defensa, que, lógicamente, considera y tiene que considerar en primer término la relación Este-Oeste en términos de relación de fuerzas.

¿Es lo inevitable de un choque armado con China, a corto o largo plazo, el que impone ese acelerado ritmo armamentista a la URSS y, por vía de consecuencia, a sus aliados? ¿No será más bien que el mesianismo marxista impone estar en todo momento debidamente pertrechado para estar a la altura de la misión que tiene, ya que «la comunidad socialista es el más firme soporte de las fuerzas de la libertad y el progreso en el mundo entero», como dijera Leonid Breznev en Varsovia con motivo del Congreso del partido comunista polaco? «Las fuerzas de la libertad y el progreso», representadas en Angola por el MPLA, parecen responder afirmativa y claramente a la pregunta, aparte de que el puente aéreo a Luanda es exponente de la capacidad soviética para transportar el material de varias divisiones en un tiempo reducido y a remotos lugares, como corresponde a un país que tiene una estrategia a escala mundial, o sea,

que se interesa por cualquier conflicto localizado, de los que tienden a rehuir los Estados Unidos, escarmentados por la experiencia vietnamita. Mucho se ha destacado la importancia de la disuasión atómica. En cambio, no ha retenido tanto la atención los efectos disuasivos que podía tener aquella guerra en el posterior comportamiento internacional de los Estados Unidos. Sin riesgo de grave error, puede darse por sentado que coartará seriamente la administración norteamericana para reaccionar frente a conflictos localizados que copian la táctica de hostigamiento y lento roer el poder y prestigio del adversario, sin que se dé jamás una verdadera batalla. Por lo menos, tal está sucediendo en Angola, donde el Ejecutivo norteamericano apenas si puede actuar o ha de hacerlo a escondidas de la opinión del país.

En Europa esa táctica no se da ni interesa que se dé, lo cual no significa que el Este permanece de brazos cruzados ante lo que en ella sucedè o pudiera suceder. Excluida la acción bélica, hay otras armas en la panoplia de la acción. Son más insidiosas y, a la postre, más operantes y rentables que lanzar ejércitos contra los países. Frente a esas armas es ocioso establecer sistemas defensivos puramente militares, por perfectos que sean, ya que no surgirá la oportunidad de comprobar su eficacia. La partida se juega en otros terrenos que el militar. Es allí donde la juega la estrategia indirecta, inteligente y tenazmente puesta al servicio de una ideología coherente, singularmente al darse en el mundo occidental las circunstancias que recientemente Solzenitzin ha señalado en estremecedoras y agudas declaraciones al semanario francés *Le Point*: «El tiempo ha erosionado su noción de libertad. Han conservado ustedes la palabra, pero han fabricado una nueva noción: la de pequeña libertad que no es más que una caricatura de la grande, una libertad sin obligaciones ni responsabilidades, que desemboca, a lo sumo, en el disfrute de unos bienes. No son ustedes capaces de hacer sacrificios, sino de compromisos, simplemente.» ¿No aboca este duro análisis del estado de ánimos del mundo occidental a mayor pesimismo que el número de carros, aviones, barcos, cañones y hombres de que dispone el Pacto de Varsovia frente a la OTAN? Los máximos principios de destrucción eventual de la Europa occidental no están en el Este; están en sí misma.

LA VISITA A TURQUÍA DEL PRIMER MINISTRO KOSYGUIN

Pese a la importancia que por motivos geoestratégicos y geopolíticos Turquía tiene para el mundo occidental, no es país que suele captar la atención informativa, salvo cuando se recrudece el viejo pleito que mantiene con Grecia en razón de Chipre. Entonces Turquía pasa a ser preocupación primordial de la OTAN, de los países que en alguna forma están vinculados a esa organización o simplemente ven en la misma una garantía de paz en determinadas áreas del globo, una de ellas el Mediterráneo en el que Turquía ocupa una posición clave. Sin embargo, alejado el temor de conflicto armado turco-griego, hay tendencia a estimar resuelta la cuestión chipriota, es decir, despreocuparse. Por consiguiente, sólo episódicamente se menciona a Chipre, el problema que constituye y los esfuerzos en busca de esa cuadratura del círculo que sería solucionarlo a satisfacción de Turquía y Grecia. Pero la penuria informativa sobre este tema no significa que sus epígonos no evolucionan según su propia dinámica. Por lo pronto, Turquía y Grecia, ambas miembros de la OTAN, se han apartado, cada cual a su modo, de una organización que contaba con ellas para cubrir el ala oriental del dispositivo de defensa del Mediterráneo oriental. Grecia, igual que Francia, ya no pertenece a ese brazo armado del Tratado del Atlántico Norte, si bien, lo mismo que Francia, sigue siendo aliada en el marco de ese tratado. Es una ambigua postura que, ciertamente, no simplifica la tarea de establecer planes estratégicos coherentes. En cuanto a Turquía, sin excluirse de la OTAN, se ha esquinado al denunciar el pasado 25 de julio el acuerdo bilateral de cooperación defensiva suscrito con los Estados Unidos en 1969. Tal acuerdo apuntaba a reforzar el sistema de vigilancia establecido por la OTAN en territorio turco. Con el cierre de una serie de bases norteamericanas en Turquía, que no se distinguían claramente de las bases propias de la OTAN, se ha agrietado de hecho el dispositivo de vigilancia y defensa previsto para controlar los movimientos aeronavales en las regiones del sur de la URSS. Es decir, las consecuencias que en lo militar ha tenido la decisión de la Cámara de Representantes al decretar el pasado febrero el embargo del suministro de armas a Turquía por haber utilizado armas norteamericanas para invadir Chipre. Por supuesto, dada la finalidad concreta del Tratado del Atlántico Norte, esa utilización imprevista —aunque tal vez no fuera del todo imprevisible— merecía su castigo. Por desgracia para la OTAN, ese castigo tiene efectos de

boomerang. No afectan sólo a los Estados Unidos, sino a todos los países del Tratado y a todos los que no figuran en la nómina oficial de los defensores de Occidente, pero que están interesados en mantener el Mediterráneo a salvo de las disensiones y rivalidades de los dos supergrandes.

La observación viene a cuento de la visita oficial de cuatro días a Turquía que el 26 de diciembre inició el primer ministro de la URSS, Alexei Kosyguin. El motivo oficial del viaje era asistir a la inauguración de una fábrica de acero construida por técnicos soviéticos y con créditos soviéticos por un importe de 420 millones de dólares y mantener con los dirigentes turcos conversaciones sobre temas políticos y económicos.

Esa prueba del acercamiento turco-soviético no es consecuencia de las actuales tensiones entre Ankara y Washington. Se remonta a los graves choques entre turcochipriotas y grecochipriotas de 1964, cuando el ministro de Asuntos Exteriores de una Turquía que se estimó desasistida por sus aliados atlánticos, y en particular por los Estados Unidos, se trasladó en el mes de octubre a Moscú. Fue tan bien recibido y comprendido que, a finales de ese mismo año, Moscú hizo saber que desaprobaba la tesis de la «Enosis», caballo de batalla de monseñor Makarios y Grecia. Era un giro político de 180 grados, por cuanto el 30 de septiembre de 1964 la URSS había firmado con el presidente Makarios un acuerdo de ayuda militar y económica. Bien es verdad que para meter baza en el Mediterráneo, mantenerse junto a los grecochipriotas y Grecia era menos ventajoso que colocarse al lado de Turquía, guardiana de los estrechos, cuya soberanía la URSS había reconocido en 1920, siendo el primer país en hacerlo, y con la que había firmado en 1921 un tratado de amistad seguido en 1925 de un pacto de no agresión.

Para que dos países se acerquen o se distancien basta el recurso a los antecedentes históricos para justificar opciones políticas aconsejadas por las circunstancias. Desde 1964 los desempolvados tratados de amistad y no agresión han dado mucho juego, empezando por la visita oficial que Podgorny hizo a Turquía a primeros de enero de 1965 al frente de una comisión para tratar de la cooperación económica. El propio Kosyguin se trasladó a Ankara en 1966 y, de nuevo Podgorny, en 1972. Es decir, la atención que la URSS presta a sus relaciones con su vecina, a la que no ha escatimado ayuda financiera y tecnológica, así como discreto aliento diplomático. Turquía ha correspondido no haciendo la menor objeción al paso de buques de guerra

soviéticos por los estrechos, singularmente a partir de la llamada guerra de los Seis Días en 1967. Sin embargo, la situación de Turquía en el seno de la OTAN ni sus relaciones con los Estados Unidos eran entonces lo reticentes que son en la actualidad. Estas premisas permiten aventurar algunas consideraciones deducidas del viaje de Alexei Kosyguin, aparte de que sea de prever que Turquía no pondrá obstáculos al paso por los estrechos de los dos portaaviones recientemente construidos por la URSS (que los califica de portahelicópteros), cuya presencia en el Mediterráneo modificará la relación de fuerzas en ese mar.

Ante todo, se impone que su objetivo fundamental era intensificar las relaciones turco-soviéticas en momentos de notable relajamiento de los lazos entre Ankara y Washington, de una parte, y de otra, de nueva tensión entre los dos bloques. Mucho ha facilitado el logro de tal objetivo la ya larga colaboración económica entre la URSS y Turquía, fortalecida en el pasado mes de julio por el acuerdo según el cual la URSS concedía a su vecina un crédito de 700 millones de dólares destinado a llevar a cabo proyectos de industrias y a ampliar empresas puestas en marcha con anterior ayuda financiera y técnica soviética. Que al socaire de lo económico esté prosperando un acercamiento político lo evidencia el comunicado final en el que, además de señalar la coincidencia de criterios en temas tales como el Medio Oriente, el desarme y el relajamiento de la tensión, se anuncia la firma de un documento político o acuerdo de amistad y colaboración que ha de suscribirse en próximo encuentro turco-soviético. Indudablemente, el pergeñado instrumento diplomático mejorará políticamente las relaciones turco-soviéticas, desde luego, pero modificará el *statu quo* existente en esa región.

Para Turquía, que ha convertido la cuestión de Chipre en centro de gravedad de su política exterior, el acercamiento a Moscú permite desarrollar una política más independiente—que no excluye cierto chantaje—, además de darle la seguridad de que no se quedará aislada en el caso de que los países atlánticos, empezando por los Estados Unidos, no la respalden en su tesis de partición jurídica de Chipre, ya anticipada por su partición de hecho. Por tanto, dada la situación geográfica de Turquía y el papel que desempeña en los planes estratégicos de la OTAN, esa eventual, pero no hipotética, tendencia a dar muestra de independencia, acaso tangente con el neutralismo, puede plantear a la alianza atlántica uno de los mayores problemas con que haya de enfrentarse desde su creación. Lograr

este resultado bien merece por parte de la URSS desarrollar al máximo la ayuda de toda índole que facilita a Turquía, cuyo resentimiento no debe de haber menguado la visita oficial de varios días que el canciller de la República Federal, Helmut Schmidt, ha efectuado a Grecia, coincidiendo con el viaje de Kosyguin, visita sin otro antecedente en el ámbito de las relaciones germano-griegas que la visita del canciller Adenauer en 1954, ello a despecho de que la República Federal sustituya a los Estados Unidos en la venta de armas a Turquía.

En la actual tensión entre Ankara y Atenas, que parece tener el apoyo germano para entrar en la CEE, semejante coincidencia no es muy oportuna, por cuanto evidencia que dos miembros importantes de la Alianza Atlántica cuentan con distintos valedores a la hora de buscar apoyos que, además de Chipre, pueden necesitarse en la cuestión de la soberanía de los fondos del mar Egeo, pendiente de fallo en el Tribunal de La Haya. Pero cualquiera que sea el fallo, el hecho es que en el mar Egeo hay reservas de petróleo calculadas en 60.000 barriles en un primer tiempo y en 200.000 más adelante. Es decir, que Chipre no es más que un elemento de la tensión entre Ankara y Atenas, aparte de la cuestión de los pasillos aéreos.

Esta divergencia de apoyos y orientaciones registrada en el caso de Turquía y Grecia, sumada a la llamada «guerra del bacalao», que enfrenta a Gran Bretaña e Islandia y hace correr el riesgo de que Islandia se dé de baja en la OTAN, no contribuye a incrementar la solidez y crédito de un organismo que muestra a las claras no estar en condiciones de resolver problemas internos que agrietan no sólo su fachada, sino que afectan su sistema defensivo.

LA COMUNIDAD EUROPEA Y EL INFORME TINDEMANS

Mal se compagina el vivo interés que los medios informativos nacionales manifiestan por el ingreso o adhesión de España a la Comunidad Económica Europea y la muy parca atención que ha prestado al informe de setenta y cinco páginas que a primeros de año dio a conocer el actual primer ministro belga, señor Tindemans, sobre «El porvenir de la Unión europea». Sin embargo, se trataba de un informe de importancia, por cuanto apunta a trazar el marco concreto en que habría de colocarse una organización que en la actualidad está todavía en los pinitos de esa unión total que aparece a

contraluz en el Tratado de Roma, y más en su espíritu que en la letra predominantemente económica.

Aunque fuera someramente, sería muy largo relatar la historia de los proyectos, declaraciones, conferencias y veleidades de unión que han multiplicado los antes Seis y ahora Nueve de la Europa atlántica, ello con criterios que nunca han sido coincidentes. Es que el proyecto de construcción de «Europa» equivale a un cajón de sastre en el que caben toda suerte de esquemas conceptuales, desde la Comunidad integrada o supranacional, que es la que realmente se desprende del Tratado de Roma, hasta la Europa confederada que actualmente preconiza Francia, pasando por la de «las patrias» del general De Gaulle o de «la identidad nacional» del presidente Pompidou. En la Conferencia de La Haya, de diciembre de 1973, pareció que la nave comunitaria iba a bogar hacia la unidad. Se estimó que lograda una política agrícola común se podía emprender la singladura de la unión económica y monetaria, dejando para más adelante la unión militar y acción diplomática coordinada hasta arribar al puerto de la Europa política, prevista en 1972 por el presidente Pompidou para 1980. En la «cumbre» de París, celebrada a finales de 1974, se ratificó esa fecha, encomendándose al señor Tindemans que formulara propuesta con vistas a que en el año acordado quedara rematada la construcción de la unión de una Europa respetuosa de los tratados suscritos, precisión referida en particular al Tratado del Atlántico Norte.

El señor Tindemans puso manos a la obra con sentido de la responsabilidad y respeto de las opiniones ajenas, lo que le llevó a realizar una minuciosa labor de encuesta y entrevistas con personalidades muy diversas de la Comunidad, tanto gubernamentales como no gubernamentales. Pero faltó la colaboración de Georges Marchais, secretario general del Partido Comunista francés, que se negó a la entrevista solicitada. Por lo demás, aparte de las orientaciones deducidas del Tratado de Roma, para llevar a cabo su ardua tarea el señor Tindemans podía basarse en la declaración que hiciera en 1972 el presidente Pompidou, según quien, de ser un día realidad la confederación europea, «será preciso que haya un gobierno cuyas decisiones se impongan a todos los Estados miembros. En suma, confederada o no, la Europa unida se identifica con la Europa supranacional.

Pese a estos avales, Leo Tindemans estuvo cauto llegado el momento de diseñar las instituciones que habrían de regir la Europa comunitaria unida. Pero no pudo eludir la creación de una llamada

Comisión europea, remedo de supragobierno emanado del Parlamento elegido por sufragio universal de los Nueve, según principio recientemente aprobado por el Consejo de Europa. Como reflejo de un Parlamento elegido por sufragio universal, tal Comisión hablaría, cuando menos en teoría, en nombre de los pueblos comunitarios en materia de economía, moneda, defensa y diplomacia. El informe Tindemans deja un cabo suelto, por lo que puede argüir que no ha propuesto «la Europa ideal» (o supranacional), sino que se ha limitado a proponer los medios «de crear las condiciones que permitan a Europa desarrollar su dinamismo propio». Ese cabo suelto o fase final que queda por definir es la política, que seguiría encomendada a los respectivos gobiernos nacionales. No poco mediatizada, coartada y condicionada habría de resultar una política deseosa de independencia y soberanía nacional una vez que ha perdido el dominio de los ámbitos donde puede ejercerse, los cuales corresponderían a la Comisión cuya presidencia asumiría un estadista designado por dicha Comisión. ¿Hasta qué punto tal presidente menoscabaría la importancia y efectiva autoridad de los respectivos jefes de Estado y presidentes de gobierno de los países que hay o podría haber en la Comunidad? No es cuestión baladí tratándose de países europeos. Que en Norteamérica la figura de los gobernadores de los respectivos Estados se difumine en la sombra proyectada por el presidente de los Estados Unidos de América es irrelevante en un país que sólo tiene doscientos años de independencia e historia. No es tan cómoda la situación en el caso de los viejos y resabiados países europeos con personalidad propia y consolidada por los siglos. Cuando menos esa dificultad puede plantearse en Francia donde los fieles partidarios del gaullismo, en particular, han recibido de uñas el informe Tindemans. El Partido Comunista también ha puesto el grito en el cielo. Era previsible dadas las críticas que no ha cesado de formular contra la CEE. En la eventualidad de su ingreso en la Comunidad, España asimismo podría plantear un interrogante, salvo de haberse perdido una de las características raciales de los españoles: su amor a la independencia.

Sin embargo, de no admitir la unión por lo menos en los ámbitos señalados por el informe Tindemans, huelga apuntar a la construcción de «Europa». Lo evidencia lo que viene sucediendo con la política agrícola común, concretamente en la cuestión del vino que opone los viticultores galos a Italia y pone en aprietos al gobierno francés. Es problema que se deriva, sencillamente, de la falta de unidad moneta-

ria. En efecto, frente al precio del vino italiano incambiado desde hace dos años, la lira se ha devaluado en un 33 por 100. De ahí que el vino italiano sea hartamente más barato que el vino francés que se agría en bodegas y cooperativas, ya que los comerciantes optan por el vino que más beneficios produce: el italiano. Está claro que el problema no hubiera surgido de existir unidad monetaria. En suma, se evidencia que la unidad de Europa exige sacrificar a la postre independencia y soberanía nacionales o, cuando menos, trastocando el orden tradicional de prelación, que la economía, la moneda, la defensa y la diplomacia comunitarias avasallen las políticas nacionales.

De otra parte, el informe Tindemans vincula la Comunidad a una relación institucionalizada con los Estados Unidos, sin duda tomando en cuenta el hecho de que las multinacionales norteamericanas han echado hondas raíces en el área de los Nueve. De ahí la proposición de que: «el Consejo de Europa delegue a uno de sus miembros para mantener relaciones permanentes con los Estados Unidos». La fórmula es muy pragmática, pero pone en entredicho esa voluntad de independencia que la Europa occidental pretende mediante su unidad, una unidad que implica un serio recorte de la soberanía de cada país miembro de la Comunidad.

En materia de defensa, la unión preconizada por Leo Tindemans tropieza con una dificultad. Los Nueve son miembros del Tratado del Atlántico Norte, pero Francia no forma parte de la OTAN, circunstancia que entorpece el plan de unificar los armamentos, como se vio en la sesión de otoño del Consejo del Atlántico Norte. En realidad, en este aspecto de la unión de la Comunidad, no ha considerado la posibilidad de revitalizar la Unión Occidental de 1948, que fue cimientado de la OTAN. Ciertamente que cualquier intento en este sentido—los ha habido—tropieza con la resistencia de la República Federal que, a lo sumo, admite que los europeos agrupados se esfuercen por ser factor distinto en el seno de la OTAN. Leo Tindemans ha suscrito esta tesis, de la que Francia se autoexcluye de hecho.

Es decir, que cierto optimismo domina el informe del señor Tindemans, pues no deja de ser optimismo soslayar dificultades como las señaladas o darlas por resueltas. Bien es verdad que de haberlas encarado tomando en cuenta todas las discrepancias, el señor Tindemans hubiera renunciado a redactar su informe. Ello explica que haya pasado por alto la posibilidad de un gran avance comunista.

LA MUERTE DEL PRIMER MINISTRO CHOU EN-LAI Y LA POLÍTICA
EXTERIOR DE CHINA POPULAR

Desde hace un par de años se sabía que el primer ministro de China Popular estaba enfermo. No por ello se había apartado totalmente de los negocios de un Estado del que fue uno de los principales artífices, porque sin excluir la ideología, hizo que ésta se supeditase a las conveniencias de la nación china. La noticia el 8 de enero de la muerte de ese hombre de inquebrantable energía, excepcional inteligencia y prudencia, no constituyó, pues, una sorpresa.

Prescindiendo del papel que el pragmático Chou En-lai desempeñó en lo interno junto al ideólogo Mao Tse-tung, es incuestionable que la evolución de la diplomacia de China, iniciada no bien terminó la Revolución Cultural en 1969, su entrada en la escena del mundo con la admisión en la ONU en 1971 y su integración en el juego internacional, con mesura y seriedad, es obra del recién fallecido dirigente que, a raíz de los choques armados con la URSS en el Usuri (marzo de 1969) fijó las orientaciones fundamentales de la política exterior de China: la de sus relaciones con la URSS, con los Estados Unidos, y con Japón. Las demás proyecciones de la actividad diplomática de Pekín se derivan de esos tres ejes, incluido el interés por la Europa comunitaria, eventual o hipotético centro de independencia política frente a la hegemonía norteamericano-soviética.

En lo que respecta a la URSS, después del período de alianza iniciado en 1950 —en el que no todo fueron bienandanzas—, las relaciones empiezan a deteriorarse al socaire de divergencias ideológicas, cuando los motivos reales de la querrela eran geopolíticos, luego permanentes y fomentados por los afanes hegemónicos atribuidos a la URSS, vecina de China en más de 7.000 kilómetros de frontera común. Los incidentes del Usuri, que no eran los primeros, pero sí los primeros en airearse, colocaban a China malquistada con los Estados Unidos en mala situación.

El encuentro entre Chou En-lai y Kosyguin (septiembre de 1969) desembocó en la búsqueda de una solución negociada del problema fronterizo. De entrada se evidenció que las negociaciones estaban en un callejón sin salida. Aunque las reivindicaciones territoriales no sean preocupación predominante de la política de Pekín —tal pregona Taiwan—, el pleito podía entrañar una amenaza a la seguridad de China. Entonces, por iniciativa de Chou En-lai, Pekín maniobró para insertar

a los Estados Unidos en el juego chino-soviético y hacer contrapeso a la URSS que, con fines disuasivos dice, mantenía y mantiene un importante dispositivo militar en su frontera con China. Lejos de amilanar a China, la amenaza soviética la espoleó por el camino de la distensión con los Estados Unidos, por cuanto no podía estar enemistada con las dos superpotencias. La evolución de la política norteamericana en Asia, formulada por el presidente Nixon en Guam (julio de 1969) coincidió con la conveniencia china de acercamiento a los Estados Unidos. Aunque distintos, los intereses de ambos países eran convergentes. La declaración de Shangai, suscrita al término del viaje a Pekín del jefe del Ejecutivo norteamericano, recoge la compleja realidad de la política de relaciones entre Pekín y Washington. No han sufrido sensibles modificaciones en estos últimos años y aquella declaración sigue regulando las relaciones chino-norteamericanas. No han mejorado, entre otros motivos, por el obstáculo que supone Taiwan.

También tropiezan con Taiwan las relaciones chino-japonesas, normalizadas en 1972. Desde entonces se han incrementado las relaciones económicas y comerciales ya existentes entre esos dos países cuyas economías son complementarias: China necesita tecnología y bienes de equipo; Japón, materias primas que abundan en China. Pero el mercado chino no brinda grandes posibilidades de expansión al comercio japonés. El régimen chino no trata de convertir la gigantesca población en sociedad de consumo y, además, sólo quiere contar con sus propias fuerzas. En suma, para Japón es más provechoso en lo inmediato el comercio con Taiwan, con el que no suelta amarras. China se resigna. Romper con Japón podría arrojar en brazos de la URSS a este país al que trata de encandilar invitándolo a participar en el desarrollo de Siberia, que China reivindica. Siempre con vistas a impedir un predominio de la influencia soviética en el archipiélago nipón, Pekín no desea que se relajen los lazos entre Tokio y Washington. Estados Unidos es un mal menor comparado con el mal absoluto que es la URSS. Por ello, Pekín procura que en forma discreta, pero eficaz, los Estados Unidos sigan presentes en Asia, muchas de cuyas áreas caerían en otro caso bajo la influencia de la URSS, que se mueve sin reposo para cercar a su rival.

Con los ojos clavados en la URSS, *deus ex machina* de las singluras exteriores de China, ésta empezó a caminar por el vasto mundo de mano de Chou En-lai a partir de 1969, pero singularmente desde la desaparición de Lin-Piao, en septiembre de 1971, que dejó el camino expedito. Entonces China empezó a establecer relaciones diplomáticas

con naciones estratégicamente bien situadas, sin importarle un ardite su régimen e ideología. Las relaciones entre Pekín y Madrid son reveladoras del realismo que informa la diplomacia modelada por Chou En-lai, como lo son sus esfuerzos por facilitar ayuda técnica sin condicionamientos políticos a países subdesarrollados, a fin de cortar el paso a la influencia soviética. No otro objetivo persigue la insistencia china por que la Europa occidental y concretamente la comunitaria se una y fortalezca hasta poder ser independiente, que cierra sus oídos a los cantos de sirena soviéticos. Los consejos y advertencias de China para que «Occidente deje de alimentar el tigre soviético so pena de que lo devore», como dice la Agencia Nueva China, no ha hecho mella en el ánimo de los occidentales, por cuanto: «Los monopolios burgueses se han brindado a facilitar a esa superpotencia ambiciosa e imperialista equipos técnicos, créditos y cereales, efectuando así una verdadera transfusión de sangre», siempre según Nueva China. En este contexto, tiene mucho de prédica en el desierto de un olvido incrementado por la distensión el apoyo que China Popular presta a la reunificación de las dos Alemanias, en nombre de la independencia de los países medianos y pequeños frente a las dos superpotencias.

Desde el punto de vista de China, tal distensión permite a la URSS prestar mayor atención al llamado frente asiático, lo que amenaza virtualmente su seguridad, una seguridad que junto con la independencia e integridad territorial son determinantes de la política exterior china, en suma, esencialmente defensiva. Hasta los años sesenta, China estimó que la amenaza la constituían los Estados Unidos. Por tanto, buscó amparo en la URSS. Posteriormente, cambió de nombre la potencial amenaza y los Estados Unidos pasaron a ser una especie de garantía frente al riesgo constante que representa la URSS, cuyas actividades hay que desenmascarar y coartar dondequiera que se ejerzan, en criterio de Pekín.

Este es el sentido de la política exterior de China, en ocasiones sorprendente, tal como la formuló y puso en práctica el excepcional dirigente que fue Chou En-lai, en la que la ideología es a un tiempo instrumento y meta de una política nacional. No excluye la revolución a escala mundial, ciertamente, pero desde los escarmientos sufridos por el proselitismo chino a principios de los años sesenta, China ha desistido de imbricar diplomacia y propaganda revolucionaria, de la que hace *amplio uso interno para reforzar una independencia que, en lo militar, ha logrado mediante un esfuerzo atómico que la «santuariza»*. Aunque su capacidad nuclear no tenga parangón con la nor-

teamericana o soviética, esa clara expresión de su voluntad de independencia constriñe a China a desarrollar una actividad exterior de gran potencia, por mucho que le pese y por mucho que pretenda no ser líder de otros países y sólo modelo.

La desaparición de Chou En-lai, que supo verter en moldes diplomáticos el pensamiento de Mao Tse-tung en lo que respecta a China frente al mundo, no deja de plantear interrogantes de futuro, singularmente cuando a su vez desaparezca Mao Tse-tung. Por lo pronto, el sucesor de Chou En-lai es a todas luces Teng Hsiao-ping, que ya ejercía sus funciones. Perseguido, humillado y condenado durante la Revolución Cultural, Teng Hsiao-ping fue un leal y activo colaborador del desaparecido Primer Ministro que le puso de nuevo el pie en el estribo gubernamental en 1973, con tan buena mano que es actualmente el número tres en la jerarquía china. El tiempo dirá si Teng Hsiao-ping mantendrá a su país en la línea de política exterior que señaló su protector, aun adecuándola lógicamente a las cambiantes circunstancias internacionales. Desde que terminó la Revolución Cultural, la política exterior de China ha sido expresión de un socialismo con claro sentido nacional. Por tanto, en lo internacional la proyección de China dependerá de las evoluciones internas y, en particular, de que no se produzca una especie de contrarrevolución cultural llegada la hora de que «el gran timonel» suelte el timón de China. No sería el primer timonel cuya ausencia imprime nuevo rumbo a la nave de un país.

CONFERENCIA DE LA OPEP EN PARÍS

Si las conferencias, informes, discursos y buenos propósitos a que ha dado lugar el Tercer Mundo pudieran surtir efectos, hace tiempo que gozaría del desarrollo, de sus ventajas e inconvenientes. Al no ser así, no hay otro recurso que insistir en la utilización de los conocidos métodos para sacarlo de la sima que ahonda el desarrollo económico del mundo industrializado, a despecho de una crisis mundial que se ceba en los países en vías de desarrollo compradores de petróleo o que se están quietos en el subdesarrollo. Aunque se consideren parte del Tercer Mundo, los países exportadores de petróleo están a salvo de esas congojas, motivo por el que se plantea la duda de a qué mundo pertenecen. De una parte, están financieramente desarrollados, debido a sus recursos naturales; de otra, andan faltos de industrialización, por lo que pueden incluirse en la categoría de subdesarrollados. Tal

es en cierto modo el caso de otros países del Tercer Mundo que, aunque carentes de petróleo del que son importadores, tienen en su subsuelo grandes riquezas naturales, pero no siempre explotadas. Junto a estos «ricos» efectivos y potenciales, el Tercer Mundo comprende un grupo no desdeñable de países subdesarrollados, desde luego, pero sin esperanzas de que se modifique su situación dada la irremediable pobreza de su subsuelo y aun de su suelo. Son los pobres de solemnidad del Tercer Mundo, en suma, el Cuarto Mundo. Es decir, lo arbitrario y simplista de la división maniquea del mundo entre países ricos y países pobres al aplicar rigidamente la medida de la industrialización a los diversos casos. Sin embargo, ésta ha sido la pauta de la Conferencia Norte-Sur que ahondó en el surco, deficientemente trazado, de la Conferencia Internacional de la Energía promovida por el presidente Giscard d'Estaing.

La Conferencia de la OPEP, celebrada en París los días 26 y 27 de enero, no ha ido por derroteros muy distintos de los de aquellas dos conferencias al estudiar—entre otros temas—los trece ministros de Hacienda de los tercermundistas petrolíferos el establecimiento de un fondo de ayuda de mil millones de dólares—que han quedado en ochocientos—destinado a los países subdesarrollados compradores de petróleo. Se trataba de un préstamo sin interés a fin de paliar el déficit de la balanza de pagos de esos países, que asciende a 35.000 millones de dólares. Los maliciosos—nunca faltan—han comentado que esos mil millones son gota de agua en el charco del déficit y que no son reveladores de desbordada filantropía por parte de países que el año pasado ingresaron en sus arcas más de cien mil millones de dólares por cuenta del petróleo. Es desvirtuar la realidad del subdesarrollo reducir su tratamiento a cataplasmas de dinero, concédase éste mediante préstamos, ayudas a fondos perdidos, inversiones o concertación «tendente a implantar un nuevo orden económico mundial mediante un precio más equitativo de las materias primas procedentes de países del Tercer Mundo».

Ciertamente, ninguna de las medidas señaladas debe excluirse para poner término al escándalo de la pobreza y miseria que en muchos casos se encubren púdicamente con el término de «subdesarrollo», pobreza y miseria que, en ocasiones, corre pareja con la riqueza potencial del país provisto de materias primas, si bien en cuestión de materias primas los tercermundistas padecen un tanto la ilusión de ser los únicos en alimentar el voraz mundo industrial. Al parecer, no hay tal. Aunque sea muy difícil, y además se hurte a la competencia de la

comentarista, establecer un catálogo sin errores de los recursos naturales por países, regiones o continentes, se estima que los recursos básicos indispensables para el mundo desarrollado (carbón, productos agrícolas, materias primas, con excepción del petróleo) proceden en gran parte de los Estados Unidos, de Europa y de los países del Este, incluida la URSS, muchas de cuyas riquezas están a la espera de ser explotadas. Según este reparto, las importaciones de materias primas procedentes del Tercer Mundo—con exclusión del petróleo—corresponden a una tercera parte aproximadamente de las necesidades del mundo industrializado occidental.

En estas condiciones, por muy equitativo y remunerador que fuera el precio de la materias primas, la industrialización de los países subdesarrollados requeriría ayuda exterior, con el inconveniente de que ésta suscita o suele suscitar en los países favorecidos la sospecha de que es neocolonialismo, mientras que en los países que pueden facilitar esa ayuda existe el temor de actuar por puro romanticismo. Por lo demás, aunque no se formulara la acusación de neocolonialismo, sucesivas experiencias y escarmientos incitan a la prudencia a la hora de invertir capitales en países cuya estabilidad política y social pende de que no se produzca un golpe de Estado por parte de un clan rival que, alcanzando el poder, imponga normas perjudiciales para los inversores. Las nacionalizaciones de los petróleos, aunque muy justificadas, son ejemplo entre otros de la inseguridad implícita en las inversiones en el Tercer Mundo.

Por lo demás, el dinero, cualquiera que sea la modalidad con que se facilite, no resuelve por sí solo el subdesarrollo. De no ser así, los nuevos ricos petrolíferos y los que no son tan nuevos ricos, pongamos por caso Arabia Saudita, estarían en vías despejadas de desarrollo o arretrepados en el desarrollo, lo que no se evidencia, ni siquiera cuando desde la cúspide gubernamental se impulsa con energía al país hacia esa meta, como sucede en particular en Irán. El dinero es sólo un factor del desarrollo que, en realidad, es la resultante de un sostenido y largo esfuerzo en que entran en juego otros factores cuales, en primer término, sectores de la población, y no individuos, con preparación cultural y técnica para poner y mantener en marcha la máquina económica, capacidad de las masas trabajadoras para someterse a la disciplina laboral que exige la industria, infraestructuras adecuadas y, sobre todo, un gasto público que no se centre preferentemente en gastos militares, gran tentación a la que sucumbe la mayoría de los tercermundistas, sean ricos efectivos, potenciales y hasta pobres de

solemnidad. Por consiguiente, aparte del dinero, renglón muy importante, y el tiempo, los factores que han de intervenir para alcanzar el desarrollo de los países con posibilidades de desarrollarse dadas sus riquezas naturales han de programarse conforme a un orden de prelación. Su aplicación práctica necesita ayuda técnica exterior y no sólo ayuda financiera. Por tanto, es condición precisa que los tercermundistas, ricos o potencialmente ricos, renuncien a estériles confrontaciones, por mucho que halaguen el amor propio nacional, y busquen la concertación no sólo en el precio de las materias primas con aquellos que en el exterior pueden ayudar su voluntad de desarrollo, orientarla, ordenarla y llevarla a buen término. Sin esta aceptación básica de ayuda, huelga pretender un nuevo orden económico o una exclusiva mejor distribución del dinero, «poderoso caballero», desde luego, pero no al extremo de sustituir por sí solo otros elementos fundamentales de la transformación socio-económica de un país.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

